

VII. El daño del baño

Hay otra habitación en la casa promedio del mexicano, fuente de muchos problemas, que, a nivel internacional, nos ha dado la fama, muy merecida por cierto, de sucios y desaseados. Nos referimos al baño. Este tema es tan importante que merece un capítulo especial y aparte.

Si supiéramos cómo nos afecta —a nuestro prestigio internacional y, por lo tanto, a nuestros ingresos turísticos— el terrible hábito de no tener limpios nuestros baños, cambiaríamos totalmente nuestro ancestral modo de ser. Dice un viejo refrán mexicano: "un baño al año y poco daño"; otro dice: "de limpios y de tragones están llenos los panteones". Estos dichos contienen toda la filosofía y tradición que, a la fecha, nos causa tantos problemas. Antiguamente se pensaba que si la gente se mojaba, moría de un resfrío o de pulmonía... y no se bañaban nunca. En España, todavía hace algunos años, era frecuente escuchar que los turistas de origen americano debían tener algo malo, ya que se bañaban a diario. El mexicano, cuando tiene medios, es muy limpio en su persona y, en efecto, se baña todos los días y se restriega el cuerpo con jabón y zacate, lo cual es un buen hábito; pero no le importa cómo deja el cuarto de baño puesto que lo usa como un medio y no como un fin: no le interesa si está limpio o no cuando entra, lo único que desea es hacer uso de él, no exhibirlo. Sin embargo, la habitación donde hace las abluciones del cuerpo con agua y jabón, ya sea en regadera o en tina, no es el verdadero problema; éste se refiere, básicamente, a no saber usar un inodoro, ya sea en su casa o un mingitorio, cuando utiliza un baño público.

Si nos remontamos a la historia de los baños, llegamos a los sistemas de recolección de *detritus* humanos, utilizados en las ciudades prehispánicas. Los aztecas usaban unos cestos para coleccionar los desechos sólidos que, posteriormente, utilizaban como fertilizante en las chinampas (hábito heredado de los orientales que poblaron América hace miles de años). Los de naturaleza líquida se guardaban en las casas en recipientes que después usaban como fijadores ácidos en la pigmentación de textiles.

En los recientes descubrimientos arqueológicos en el centro de la ciudad se ha comprobado que los aztecas tenían drenaje, pero sólo existía en los templos y grandes palacios. Las casas en donde vivía el resto de la población carecían de él y, cuando no encontraban lugares en donde abrir pozos en la tierra, los desechos se tiraban en las calles. Fue hasta finales del siglo pasado cuando se empezaron a instalar sistemas de drenaje público.

En las ciudades, así como ahora se recolecta la basura, pasaba diariamente una carreta al anochecer que recolectaba los desechos de los habitantes que pagaban por el servicio. La servidumbre vaciaba el contenido de las bacinicas en la carreta, que luego era vendido a personas que lo secaban para destinarlo a fertilizante de huertas y granjas de hortalizas. Cuando la carreta no pasaba, o no se contaba con el servicio, el contenido líquido se arrojaba a la calle desde las ventanas. Cuenta la tradición que así se originó el famoso grito de "aguas", que proferían las mujeres al vaciar las bacinicas desde los pisos superiores; aunque hay otra versión de que significa "cuidado", "alerta" en algún idioma oriental.

Este es el origen, terrible, del problema de los baños públicos; los turistas temen hacer uso de ellos, ya sea en las gasolineras o en los mercados de artesanías: papeles sanitarios tirados en una cesta, si es que la hay, o en el rincón del retrete, dejando el lugar sucio y maloliente, sin consideración alguna para la persona que después vaya a hacer uso de la misma taza. El origen de este hábito, según algunos

estudiosos, son las carretas de recolección, mencionadas anteriormente, donde sólo se aceptaban desechos sólidos y no papeles, hojas u olotes que hubieran sido usados con propósitos sanitarios. Los papeles sólo ocupaban gran espacio y hacían bulto, y no servían para convertirlos en fertilizante. En los hogares de familias con recursos, juntaban los papeles en un cesto para luego quemarlos, o se tiraban a la basura junto con los desperdicios de cocina, como en la actualidad.

Siglos de adaptación a este desagradable hábito dio como resultado que nuestro pueblo, a pesar de la instalación de inodoros o *toilets* de sifón, siga con la terrible tradición de tirar los papeles sucios, lo cual exhibe la paupérrima y deprimente situación higiénica y cultural del pueblo mexicano, que no puede entender que el sifón del inodoro está diseñado para arrastrar en el torrente de agua los elementos sólidos y líquidos, incluido el papel de uso sanitario, hasta el drenaje.

Encontramos también que el pueblo, en su mayoría, no usa papel higiénico. Antes de su presencia en el mercado, se utilizaban toda clase de objetos, desde carrizos, olotes de maíz, hojas de árboles que mojadas eran más suaves al roce y al tacto y, desgraciadamente en los últimos siglos, papel periódico; éste no se desbarata o disuelve, como el papel higiénico, y obstruye el angosto paso del agua producido por el sifón, que constituye el elemento principal en el diseño técnico del inodoro. Al ver que se tapaban los baños, el mexicano aprendió a no echar a la taza los papeles, ya sea periódicos u otros; se acostumbró a tirarlos en un rincón y dio al traste con la posibilidad de tener baños limpios y ordenados en las casas y, en consecuencia, en los baños públicos.

No nos engañemos; es una triste realidad. Hay que ver las gasolineras de PEMEX; no hay una sola que tenga un sanitario gratuito limpio. No se trata de gastar millones de pesos, sencillamente no pueden, o cuando menos, no quieren ni siquiera estudiar el porqué del problema, que impide que los turistas norteamericanos vengan a México en automóvil. Los baños que la gasolinera tiene para los usuarios,

clientes o turistas, es el mismo que utilizan los empleados, quienes no tienen ni el más remoto principio de educación y de higiene, por lo cual no les molesta que esté inmundado, maloliente y con los rincones llenos de papeles sucios; ellos sólo cooperan para dejarlo un poco más sucio y con más papeles.

Veamos el asunto de los mingitorios de pared: siempre están llenos de orina maloliente, tanto en el receptáculo como en el piso, precisamente debajo. El mexicano no acciona la palanca para que los desechos líquidos se vayan al drenaje, porque en su código genético todavía conserva, en forma de instinto, orinar para dejar marcas territoriales, tal y como lo hacían nuestros antepasados, los primates. Esta costumbre sólo podrá eliminarse con educación: no es correcto dejarle marcas o recordatorios de nuestra presencia a quienes vendrán después de nosotros. De la misma manera, el eterno charquito de orina abajo del mingitorio es prueba fehaciente de que el mexicano piensa que tiene el miembro más largo de lo que en realidad es: nunca se acerca lo suficiente al mueble sanitario de pared para impedir que se produzca un desagradable derrame fuera, ya sea porque calcula mal el tamaño, o porque tiene un terrible ego exhibicionista y lo mantiene a distancia para que los vecinos de mingitorio vean que está bien dotado. La otra razón por la cual el charco aumenta constantemente es que, quienes hacen uso de él, no desean mojarse los zapatos y se paran cada vez más lejos, consiguiendo con esto que nuestros baños públicos estén siempre sucios y mal olientes.

VII.1. Baños separados

La solución es obvia, pero ni PEMEX ni Turismo se atreven a poner el dedo en la llaga. Exigir a las gasolineras baños exclusivos para los clientes, con un empleado a sueldo (más propinas, como en los restaurantes de lujo) para atender, asear y cuidar que se conserven limpios. Con toda seguridad, al verlos así, querrán tener el suyo igual, lo que significa que con buen ejemplo y disciplina se puede educar al

servidor turístico para que cumpla su función. Sin darse cuenta, las autoridades resolverían de raíz el problema al tener, por ley, los baños públicos en perfecto estado de orden y limpieza, lo que nos daría una mejor imagen ante todo el mundo, y más importante aún, sería una inagotable fuente de trabajo para miles de mexicanos, hombres y mujeres, quienes se encargarían de la limpieza durante las 24 horas del día.

Para tener una idea del resultado de esta medida bastaría con calcular cuántos restaurantes, bares, hoteles, gasolineras y servicios públicos deberían tener baños separados, así sabríamos cuántas personas tendrían empleo para cumplir esta desagradable pero muy importante tarea. El gobierno no necesita aportar dinero para reglamentar que todos los baños públicos deben tener, por ley, un encargado de limpieza. Esta misma reglamentación podría extenderse a la obligación de contar con un baño para uso exclusivo de los empleados, bien se trate de una gasolinera, restaurante, etcétera.

Con ello, México, dejaría de ser, ante los ojos de los turistas, el país de los eternos baños sucios, fama que nos hemos ganado a pulso durante muchos años. Se generarían fuentes de empleo directos e indirectos al tener que comprar e instalar miles de sanitarios, con la consabida derrama económica. Y lo más importante: la educación directa de hábitos de higiene y limpieza en el uso de baños, no sólo para los empleados encargados de los sanitarios, sino también para los demás trabajadores del negocio, que podría extenderse a sus hogares.

VII.2. Educación a fuerza

En los últimos cincuenta años se ha dedicado casi la mitad del dinero gastado por el gobierno en programas educativos y culturales. No obstante, seguimos igual o peor que como estábamos al principio: en la actualidad, hay más mexicanos que no cuentan con servicios sanitarios modernos, que no hablan, leen o escriben español: cada vez

nacen más niños de los que se incluyen en los programas educativos gubernamentales; por lo tanto, no hay dinero suficiente para educar a todo el pueblo.

La solución está exactamente en dirección opuesta: en lugar de erogar tantos billones en tratar de educar al pueblo, cambiar de raíz el sistema y proponer un plan para que estas partidas presupuestales se dediquen a otorgar, a las clases más necesitadas, los créditos o medios de producción y los elementos de trabajo. Así, los campesinos y obreros podrán elevar, por sus propios medios, su nivel de vida y de ingresos, permitiéndoles mandar a sus hijos a una escuela que les cueste y les duela en su propio bolsillo; en otras palabras, ayudarlos, con medios y bienes de capital, a obtener una alta remuneración que les permita sufragar los gastos de educación de sus hijos en escuelas privadas.

Como ejemplo, citaremos un caso muy conocido: un obrero de escasos recursos económicos pero de muy buenos principios morales y religiosos obtuvo un premio de considerable cuantía en el sorteo de Pronósticos deportivos. Hombre decente, de familia, en lugar de dedicarse a gastar sus millones en parrandas, mujeres y vino, invirtió su dinero a plazo fijo en una institución bancaria, para que le produjera intereses. Bien asesorado por el banco, y usando como colateral el mismo dinero que tenía depositado, consiguió un crédito para adquirir una casa en una buena zona residencial del Estado de México, por el rumbo de Satélite, donde trabajaba como obrero calificado en la industria de fundición de aleaciones. Compró un coche para ir a su trabajo e inscribió a sus hijos en una escuela particular de la zona y, dándose cuenta del enorme salto social que significaba para toda la familia, contrató los servicios de una educadora social y psicóloga, quien los asesoraría en cómo conducirse en la nueva colonia y en la nueva escuela. Ella los enseñó a vestirse correctamente y les indicó cómo comportarse en los lugares que iban a frecuentar; les enseñó buenos modales en la mesa y cómo presentarse ante la sociedad en donde ahora vivían. Poco a poco, la familia empezó a darse

cuenta de las cosas que antes hacían mal, y empezaron a corregirse unos a los otros; algún tiempo después, una vez adaptados, se les hizo una visita para ver el desenvolvimiento de la familia. El cambio era notable, se convirtieron en una familia representativa de la clase media mexicana, con características de acomodada. La casa estaba limpia, con objetos en la sala y el comedor de buen precio, aunque con falta de buen gusto, lo cual demostraba su reciente incursión al mundo del dinero. El entusiasmo de la visita de inspección se convirtió en desencanto al ver los baños de la casa: desordenados, sucios y, en el rincón, se acumulaban los papeles. La educadora, con todo y sus ideas modernas de adaptación para la familia, había fracasado en su intento; más bien, ni siquiera pensó en la importancia de enseñarles buenos hábitos de limpieza y de higiene en el baño, porque ella misma no los tenía.

Como vemos, no se trata solo de dinero o de educación sino de las dos cosas juntas. No puede haber mejoramiento en las condiciones económicas sin educación, y viceversa, no se puede mejorar el nivel de educación sin dinero.

Lo anterior nos lleva a pensar que la solución de México está en resolver ambas cosas al mismo tiempo. Elevar los ingresos medios del pueblo a niveles en donde cada familia pueda costearse una educación para todos sus miembros, y elevar su nivel de vida. En otras palabras, llegamos al eterno dilema: ¿Qué fue primero, el huevo o la gallina? ¿Qué es más importante, la causa o el efecto?

Si nos preocupamos en mejorar nuestra imagen ante los turistas, nos daremos cuenta de la importancia de que los visitantes extranjeros encuentren no sólo un México totalmente limpio, sino una atmósfera amistosa y agradable. Debemos ser hospitalarios, amables cortesés y, sobre todo, serviciales. Nada nos cuesta atenderlos con una sonrisa. Ellos pagan y esperan un servicio así; si es en el restaurante, quieren rapidez y eficiencia; en la gasolinera, honradez y amabilidad; en la tienda de artesanías, un buen producto a precio real, y no varia-

ble dependiendo de la hora del día. Si necesita ir a un baño público, que éste sea el reflejo de un México limpio, en donde los servicios sanitarios funcionan bien y están inmaculados; si hay cesto para papeles sucios, que éstos sean las servilletas para secar las manos, y, de preferencia que esté tapado; los pisos aseados y secos; que impere el olor a limpio o a desodorante ambiental.

Resultaría tan sencillo que nos pusiéramos de acuerdo, y tan complicado si esperamos que el gobierno, la empresa o el prójimo lo haga. No, no podemos esperar eso, debemos hacerlo nosotros. Para que este milagro se realice es necesario que exista intercomunicación constante. Los medios masivos de comunicación, como la radio, la televisión, las revistas y periódicos serán los que nos enlacen y, cuando menos lo esperemos, todos los mexicanos estaremos convencidos de que fuimos cada uno de nosotros quienes encontramos tan sencilla solución, ésa que ya habíamos pensado aplicar, pero, como los demás no hacían nada, pues, entonces, tampoco lo hacíamos nosotros.